

en nuestros pulmones; lanzó la bocina su grito resonante.

Parecía un acorde de alegría, un potente alarido de triunfo del presente justiciero, que veíamos llegar por delante, sobre el pasado monstruoso, cruel y abominable, que quedaba detrás.

ESCENAS RÚSTICAS

ESCENAS RÚSTICAS

Almas tardías

Interlocutores: LA TÍA SUNTA, JUANÓN, CARITA, ZAGAL,
LA VOZ OPACA

Plenilunio. Paisaje agreste; á los lados de la carretera, montañas abruptas de cumbres peladas y escuetas. A diestra mano, dos viejos casones arrumbados junto al peñascal. No lejos, un arroyo que salmodia sobre gujarros ignoradas quejumbres. Junto al manantial, grupos de árboles de ramajes atormentados, y al pie del mayor, LA TÍA SUNTA, quien rebusca en un viejo zurrón y mira á JUANÓN, inclinado sobre el arroyo para recoger en la mano un sorbo de agua refrigerante.

LA TÍA SUNTA.—Cuide el viejo su copa de oro, no se la gane la riada.

JUANÓN.—Copas tuve de limpio y transparente vidriado. Cubrieron mi mesa lienzos prietos; excelentes frutos gusté por la misericordia de Dios.

SUNTA.—Resignese y calle. Hoy tiene alcatifas de césped, techos luminosos con artesonados de estrellas; su bodega es el río; su música, el canto de algún pájaro montaraz.

JUANÓN.—¿Ha menester la abuela de paje para recoger y lustrar la vajilla?

SUNTA.—Joven y hermosa he sido; así Dios me salve, antes de verme mendigando camino de Morata. No de plata en repujos eran mis medias fuen-

tes, pero si de buena porcelana de Talavera. Si no hube vargueños, tuve arcones, y en ellos vuelos y randas, ó rubia y apretada semilla.

JUANÓN.—Diga la abuela cómo ello fué, que yo he de escucharla á mi sabor, así llegue con el alba á la Almunia.

SUNTA.—Mis veinte tuve. Era mi talle como esos juncos ribereños que se columpian en la vega; negros mis ojos como la endrina; encarnados mis labios como el fruto sangriento de los fresales. Perdióme mi fortuna de mayorazga.

JUANÓN.—Ante esas remembranzas no parece sino que torno á vivir cosas olvidadas y muertas.

SUNTA.—Quise á un mozo, joven, honrado y trabajador; pero él no lo supo, merced al artificio con que yo me complugue en hacerle sufrir. Fatigado, por fin, me olvidó. Yo entonces, triste, desechada, casé con un miserable holgazán, dispendioso. Malversó mis hijuelas, dióme mal trato, me repudió por fin y marchó no sé adónde. Poco á poco fui perdiendo la mocedad, la salud, y hube de arrastrar mi miseria por los caminos. El hombre bien amado me hubiera hecho feliz. ¿Por qué no conoció mi cariño?

JUANÓN.—Pues oiga: yo también quise á una mujer; pero su mirada era fiera, hostil su ademán. Tuve miedo y huí. Más tarde me casé con otra mujer, que un día me robó mis haciendas y desapareció para siempre. Tuve que trabajar de gañán hasta que, caído por un despeñadero, quedé inútil de un brazo, y me vi precisado á ir por los caminos á implorar en la vejez la limosna.

SUNTA.—A mi lado tuve la felicidad y no supe apreciarla.

JUANÓN.—Junto á mí pasó el bienestar y elegí la desdicha.

SUNTA (*después de meditar un momento*).—Dame tu mano salva para que pueda transponer el arroyo y guíame á aquel claro de luna. Necesito mirarte á la cara.

JUANÓN.—Deja que suelte el zurrón y el báculo. Ahora, afirmate bien... ¡Así!

SUNTA.—¡Madre de los Desamparados! ¿Qué miro? ¡Tú eres Juan!

JUANÓN.—¡Y tú Sunta!

(*Pausa. El silencio es solemne en la noche nupcial. Una estrella errática pasa por la bóveda azul y va á hundirse tras la negra mole de la montaña. Una brisa refrigerante se desliza sobre las aguas del manantial y se pierde en las masas confusas de los olivares lejanos...*)

SUNTA (*llevándose la mano á la sien, como avergonzada de su desaliño*).—Juan: ya ves lo vieja, lo miserable, lo desamparada que estoy.

JUANÓN.—¿Y yo? ¿No es verdad que soy una sombra? Mis piernas flaquean, mi cabeza vacila, tiembla epiléptico mi pulso. Y sin embargo, yo hubiera sabido hacerte feliz. Contigo hubiera conquistado bienestar y riqueza. Este andrajoso por-diosero hubiera acercado á tus labios su copa de oro. ¿Por qué me miraste esquiva y huraña?

SUNTA.—Yo hubiera llevado la alegría á tu hogar; le hubiera llenado de olores de juncias y sarmientos, de manjares hirvientes, de ropa limpia. Nuestras arcas hubiéranse mostrado repletas, y desde su cuna nos hubieran sonreído regocijados los pequeñuelos. ¿Por qué no te decidiste á hablar?

JUANÓN.—No sé... Es posible que haya almas tardías, corazones que se retrasan en dar su fruto. Y ahora... (*mirándola*) ahora es tarde... Lo veo... lo toco... Sólo nos espera la muerte.

LA VOZ DEL ZAGAL (*á lo lejos*).—¡María!...

VOZ OPACA (*que en las cumbres modula el eco*).—
¡María!...

(*Se oye lejano el tintineo de collarines. Luego el firme chacoloteo de los cascotes de una reata.*)

JUANÓN.—Alguien se acerca. Volvamos á las aguas que corren en la sombra, á los vagos rumores que pasan, á los soplos invisibles y fríos que se encaraman por los negros picachos. Tengo miedo de que alguien se ría de nuestro dolor.

SUNTA.—Sí; escóndeme; oculta mis harapos y mis arrugas. No quiero que tú mismo me veas.

CARITA, *el zagal (apareciendo junto á las casas medio derrumbadas)*.—¿Quién se mueve por ahí? Hablen pronto ó disparo.

JUANÓN.—Somos gente de paz; es decir, de miseria.

CARITA.—¿Miseria? ¡Arre, Generosa!

JUANÓN.—Tente en caridad y dame, si llevas, un mendrugo de pan para una mujer.

CARITA (*acercándose*).—Seremos galantes con las damas. ¿Dónde está esa mujer? ¿Es aquella vieja que se acurruca en los andrajos? ¡Loado sea Dios! ¡Ha hecho el viejo una linda conquista.

(*Echa pie á tierra y guía de la rienda al ganado para que pueda beber en el regajo.*)

JUANÓN.—¿Qué casas son esas?

(*Se sientan todos en las peñas junto al manantial.*)

CARITA.—Esas... son los *Palacios de Almanzor*. ¿Os parece mentira? Fueron palacios cuando fueron bosques esas cumbres peladas.

JUANÓN.—¿Qué más da? Un palacio puede ser lo mismo un alcázar donde se sufre que un viejo cobertizo donde se sueña.

SUNTA.—Tengo frío. Este sitio es húmedo y medroso además. ¿No habéis visto pasar una sombra por el lomo de aquella montaña?

CARITA.—Será Enrique, el enamorado que busca á María.

JUANÓN.—Te he oído llamar á esa María. ¿Quién es?

CARITA.—¿No sabéis la historia de la peña María? No sois entonces de la ribera del Jalón.

JUANÓN.—Yo soy burgalés. ¿Vas á contar alguna leyenda?

CARITA.—¡Otra! Voy á contar, pues, lo que me han contado. Parece que María y Enrique eran novios. Pero él, enojado por no sé qué desdenes, riñó con ella y se marchó del país. María, entonces, desesperada, salió al campo y vino á vagar por estas peñas, sin que de ella se haya vuelto á saber.

SUNTA.—Se arrojaría á algún precipicio. Dicen en mi país que cuando una mujer joven se mata por amor, todas las noches se abre una flor silvestre para bañar sus pétalos á la luz de la luna.

CARITA.—Volvió Enrique más enamorado que nunca, y al saber la desaparición de su prometida, huyó también á esta montaña, sin que se le haya vuelto á ver ni vivo ni muerto.

JUANÓN.—Se despeñaría también.

CARITA.—No; porque cuando se llama desde ese camino á María, contesta repitiendo su nombre, pero muy triste, la voz de Enrique. Mi madre asegura que eran *almas tardías*.

JUANÓN.—¿Y qué es eso?

CARITA.—Almas que encuentran la felicidad y no le hacen caso; pero que vuelven luego á recogerla cuando se ha deshecho y es tarde. Almas condenadas á pasar envueltas en nieblas por las crestas de las montañas, llamando con voces quejumbrosas á los pedazos de su corazón.

JUANÓN.—Tú las habrás oído como me estás oyendo á mí.

CARITA. — Tienen una voz muy empañada y muy lastimera, que parece que va rodando de peña en peña, de risco en risco, de sombra en sombra, hasta que se pierden allá, muy lejos, detrás de las montañas más altas, y más solitarias, y más desnudas.

SUNTA. — Y á veces es seguro que pasarán junto á las gentes, cubiertas de andrajos, mirando á todos con los ojos muy secos, pero muy abiertos y llenos de angustia.

CARITA (*levantándose*). — Se hace tarde, y he de llegar antes de amanecer á Calatorao. Adiós, y que él dé á los viejos buena ventura.

JUANÓN. — Que El te guíe.

(*Carita monta una de las mulas á mujeriegas, y llevando á las otras detrás, se aleja, canturreando entre dientes. Juanón y Sunta salen con él hasta el camino, y quedan contemplándose, absortos, frente á frente. Una ráfaga fría les azota. En el cielo se ha ocultado la luna y parpadean resplandecientes los astros.*)

JUANÓN (*después de una pausa en que se oye el sollozo de Sunta*). — Ya lo ves: somos almas tardías. Debemos separarnos para siempre. Con nuestra miseria romperíamos lo único que nos queda: el recuerdo azulado de lo que fué. Extinguiríamos esa voz que rueda por las cumbres y los abismos; apagaríamos la antorcha de los cielos; mataríamos la única idealidad que nos resta en el fondo del corazón.

SUNTA (*gemebunda*). — Es verdad; partamos.

JUANÓN (*va á separarse de Sunta y vacila*). — Espera... (*Abraza á Sunta y la besa en la frente. Vuelve á salir la luna, y alumbra á los viejos, que permanecen un momento enlazados en su abrazo tar-*

dío, y luego emprenden caminos opuestos, apoyado cada uno en su báculo.)

(*Cuando separa alguna distancia á las sombras de répititas, se oye de nuevo, lejana, la voz del zagal.*)

CARITA (*oculto tras un recodo de la montaña*). — ¡Enrique...!

VOZ OPACA (*en las cumbres*). — ¿Qué?

CARITA. — ¿Vas bien así?...

LA VOZ. — ¡Sí!

CARITA. — ¡Adiós!...

LA VOZ. — ¡Adiós!

El pecado de los buenos

Zaguán de campesina vivienda en la vieja Castilla. Sillas y taburetes junto á la pared encalada. En un rincón, sobre el empedrado de guija, rústica montura junto á desmontada y hendida mancera. Cubriendo la puerta, y á guisa de tapiz flotante, un gran trozo de lona, inflado y sacudido por las primeras ráfagas de huracanada tormenta estival.

ISIDRO (*lustrando la hebilla de un pretal*). — A la postre habremos turbión. Y la miaja de candeal en las eras. ¡Que no caigan de una vez rejas aguzás!...

MANUEL. — No despotriques, que harto más desesperao que tu finca tu hermano. Aquí me tiés que no he allegao ni un mal celemin. Gracias á que me deshice de las mulas, he podido mercar pan á los chicos y pagar la renta; pero hogafío veremos qué es lo que se siembra y se apaña en troje.

MICAELA (*quien, sentada en un taburete, remienda ropa blanca*). — Tu mujer, Manuel, tiene parientes que la atiendan. Pero yo, ¡venturada! ¿á quién

he de volver mis ojos, si no es á Dios nuestro Señor? Dos años ha que no puedo mercar un mal retal á los buhoneros. Estos andrajos que agora ves, merced son de mi hermano Leandro.

ISIDRO.—Mozo es Leandro y solo vive; á más, tiene buena ventura y nunca le falta su con qué, porque es un bizarro gañán.

MANUEL.—Lo que no le falta, al respetive, es lo principal, que es la alegría de la mocedá; que, lo que es como pobre, tanto como nosotros mismos lo es, manque disimule los agobios cantando.

MICAELA.—Tan y mientras, él más holgao que nosotros vive.

ISIDRO.—Déjale, mujer, que no hay mocedá que no fine en achaques, ni cantar que no traiga estribillo.

(Alzase la cortina que cubre la puerta y aparece en el dintel Marcelino. Su aspecto es el de un hombre caduco. Viste terno de muy usado paño y gorra de viaje. Llega sudoroso y cubierto de polvo.)

MARCELINO.—¡Alabado sea Quien á todos protege! ¿No habrá acogimiento y descanso para un pobre viajero?

ISIDRO.—Perdone, hermano, y El nos dé con qué socorrer.

MARCELINO.—No pido sino lugar en un escaño en donde descansar algunos momentos, y un vaso de agua fresca. ¿Es que ya se le niega lo que pide á un humilde viandante en Castilla?

MICAELA *(refunfuñando)*.—Pase y siéntese donde pueda... Alarga tú ese jarro, Manuel.

(Entra Marcelino, siéntase sobre un taburete y bebe con ansia del jarro. Luego enjuga el sudor de su frente y queda pensativo, acariciando su barba blanca.)

MANUEL.—Si ha de seguir la caminata, no tiene

que descuidarse, buen amigo, porque se echa encima el nublaio.

MARCELINO.—No tema que les estorbe mucho tiempo. Sé lo que es la pobreza y cómo ella endurece las entrañas.

MICAELA.—Si que somos pobres, y no porque no haya por el mundo quien pueda socorrernos; pero lejos está y no ve nuestras pesadumbres.

MARCELINO.—¿Tienen por ventura algún pariente rico?

ISIDRO.—En América está un pariente de mi padre, y bien rico que está y buena hacienda goza; pero no se acuerda del lugar que le vió nacer.

MARCELINO.—¿Es ésta, por suerte, la heredad de Pedro el boyero?

ISIDRO.—Hijos suyos somos, por la mercé de Dios.

MARCELINO.—¡Abrazadme entonces, queridos sobrinos! Yo soy vuestro tío el indiano.

ISIDRO *(abrazándole)*.—¡El tío Marcelino!

MANUEL *(idem)*.—¡Nuestro bienhechor!

MARCELINO.—El mismo, hijos míos, el que siempre se acordó de vosotros y de estos terrones donde quisiera vivir y morir.

ISIDRO.—¡Caramba: está usted muy rozagante y muy joven! Tú, Micaela, corre á preparar al tío unas buenas magras y disponle la cama grande, que aquí ha de quedarse con nosotros, que, aunque pobres, nada le ha de faltar, si Dios es servido.

MANUEL.—Eso no, que en mi casa ha de estar como un príncipe, y aun me quedan unos pernils y buenas sábanas de Holanda.

MICAELA *(enojada)*.—¡No faltaba más sino que quisieras ser preferido á tu hermano mayor.

MARCELINO.—No disputéis, que á todos moles-

taré á su tiempo. Yo en cualquier lugar hallo acomodado.

(*Vase Micaela.*)

MANUEL (*gozoso*).—Corro á buscar á la Dominica y á los rapaces. ¡Vaya una alegría que van á tener! (*Sale precipitadamente.*)

ISIDRO.—¡Qué contento debe sentirse usted! Ahí es nada: ¡volver al cabo de los años al lugar en que se ha nacido!

MARCELINO (*enjugando una lágrima*).—¡Es verdad! ¡Cómo nos llama la tierra madre!

ISIDRO.—Y todavía joven, fuerte, rico...

MARCELINO (*suspirando*).—Rico no. Es cierto que llegué á reunir unos cuantos miles de pesos; pero la suerte me fué adversa y todo lo he perdido, hijo mío. ¡No me queda sino el cariño de los míos y la esperanza en Dios!

ISIDRO (*estupefacto*).—¿Qué dice usted? ¿Que está usted pobre? ¡Eso es imposible!

MARCELINO.—No lo es por desgracia. Soy pobre, más pobre que tú, que conservas un hogar y vigor y fuerzas para el trabajo. Soy pobre, más que los pájaros del campo y que las abejas que trabajan su miel.

ISIDRO (*frunciendo el ceño*).—Entonces, ¿para qué ha vuelto usted á España?

MARCELINO.—Para tener el amargo consuelo de morir aquí, entre los míos, y de saber que hay en el mundo todavía quien se apiada de mí.

MICAELA (*entrando*).—¡Ya está la sartén en la lumbre y la cama dispuesta!

ISIDRO.—Espera... Yo creo que al tío le sentarían mejor unas sopas limpias. Así, descansao, puede beber un vaso de vino y continuar su camino para llegar cuanto antes á la ciudad.

MICAELA.—¡De ninguna manera! ¡Pobre tío!

ISIDRO (*bajo*).—¡Cállate, mujer!

MICAELA.—¡El tío no sale de aquí! ¡Poquito bien que voy á cuidarle!

ISIDRO (*idem*).—¡Calla si es que quieres, maldecía! No tiene un real. ¡Está arruinado!

MICAELA (*idem*).—¡Jesús me valga!

ISIDRO.—Nada, tío, lo dicho. Nosotros bien quisiéramos hacer lo que dice Micaela; pero somos muy pobres y hogaño se perdió la cosecha. De toas maneras, ya sabe usted que pué mandarnos.

MARCELINO (*con tristeza*).—¡Es verdad! ¡Me olvidaba de la triste condición humana!

MANUEL (*que entra con Dominica*).—¡Ahí le tiés, más firme que un chopo! Abrázale ahora mesmo.

DOMINICA.—Con mil amores; cuanto más que huésped tardío, no viene manivacio. (*Le abraza.*)

MARCELINO.—Con las manos vacías vengo. ¡Ea, ya lo sabéis: soy más pobre que todos vosotros! Dejaos de rodeos y confesad que estáis deseando que me marche de aquí.

MANUEL.—Tanto como eso... Pero malo es que un pobre tenga que socorrer á otro pobre.

DOMINICA.—Bien dice mi hombre, que no están bien dos pobres á una puerta, y que para el mal que hoy acaba es mal remedio el de mañana; cuanto más, que á mal dar no hay casa fuerte, y la mar que se parte en arroyos, se quiebra.

ISIDRO.—¡Calla, condená, que ya el tío sabe lo que se ha de hacer!

MARCELINO.—Bien lo sabe mi mala ventura: seguir mi camino. Pero antes de hacerlo, quisiera cumplir un encargo que me hizo nuestro tío Damián antes de morir.

MICAELA.—¿El tío Damián? ¿No era el hijo de la Francisca, aquel que fué á Méjico y se dice que ha muerto pobre?

MARCELINO.—No tanto que no me haya entregado antes de morir treinta buenas onzas mejicanas con encargo de que las diera en recuerdo suyo al pariente más cariñoso que encontrara al volver á este pueblo.

ISIDRO.—¿Y esas onzas?...

MARCELINO (*sacando un paquete del bolsillo*).—Aquí las tenéis. Importan próximamente seiscientos duros.

MICAELA.—¡Un capital!

MARCELINO.—El pobre compadeciósese de mi miseria y me procuró este último medio de encontrar aquí cariño y buena acogida. Vosotros diréis á quién las entrego.

ISIDRO.—Eso usted lo ha de ver. En mi casa puede usted pensarlo despacio. ¡Ea, mujer, saca la cena al tío!

MICAELA.—Con mil amores.

MANUEL.—¡Buenos estáis vosotros! ¿No le habíais dicho que se fuera? A mi casa es adonde habrá de venir, que allí tiene donde dormir y yantar, que nosotros se lo daremos, como buenos hijos que somos de su hermano.

DOMINICA.—Ni eso menester era, que haz bien y no mires á quién, y donde caben tres caben cuatro, y los pies del buen hortelano no echarán á perder la huerta.

MICAELA.—Pues el tío no sale de aquí, que yo bien sé que la codicia es la que os roe.

MANUEL.—Y la perra ambición á vosotros, que mal rayo os parta.

ISIDRO.—Yo soy el hermano mayor, y yo mando que el tío Marcelino se quede en mi casa.

MANUEL.—¡Eso lo veremos!

ISIDRO.—¡Lo que tienes que hacer es marcharte!

MANUEL.—¿Marcharme yo? ¡Mal hombre!

MARCELINO.—¡Por caridad, y por la memoria de mi hermano, que en gracia esté! Yo procuraré complacer á todos.

LEANDRO (*entrando*).—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué disputáis?

MARCELINO (*á Isidro*).—¿Quién es este mozo tan apuesto y simpático?

ISIDRO.—Nuestro hermano menor; un pobre gañán sin principios.

MANUEL (*á Leandro*).—Aquí tienes á nuestro tío Marcelino, el de América, que ha llegado esta tarde.

MICAELA.—Viene muy pobre, ¿sabes? Ha perdido todo lo que tenía, y está en el mayor desamparo y lacería.

LEANDRO (*á Marcelino*).—¿Eso es verdá?

MARCELINO.—Por desgracia. No tengo sino la tierra que me sostiene y el sol que me alumbra.

LEANDRO.—Entonces, ¿qué se ha de hacerle? Vivirá usted conmigo, y yo, que soy joven, sabré trabajar para los dos. ¿No es usted hermano de mi padre? Pues aquí de los refranes de Dominica: que esté á las duras quien está á las maduras.

MARCELINO.—¡Hijo mío! (*Abrazándole*). Tú eres el bueno, el desinteresado. Para ti es el legado de Damián.

LEANDRO.—¿Qué legado?

MARCELINO.—Treinta onzas que me dió para el sobrino más cariñoso.

LEANDRO.—Pues yo se las cedo á todos éstos. Tien muchos hijos y están muy apuraos. No son las onzas las que siempre sacan de apuros, sino el trabajo y la alegría.

DOMINICA.—Bien merece quien á los suyos se parece. ¡Bendita sea tu boca, que no hay sino oírte para oír al difunto de tu padre!

MARCELINO.—Yo también bendigo á la suerte que me ha traído aquí. (*A Isidro y Manuel, que murrian cabizbajos.*) ¡Ea! Recobrad esos ánimos, y dadme entre todos de cenar, que necesito dormir unas horas antes de marchar mañana temprano con Leandro á Valladolid.

MICAELA.—¿Con Leandro?

MARCELINO.—Sí; he podido salvar de la ruina la miseria de 80.000 pesos, y quiero establecerle conmigo.

MANUEL.—¿Qué dice usted, tío? ¿Está usted loco?

MARCELINO.—No; los locos habéis sido vosotros, que no habéis sabido aprovechar la fortuna. De todas maneras, en poco ó en mucho no dejaré de socorremos.

LEANDRO.—Gracias, tío; pero yo quiero que seamos iguales.

MARCELINO.—¡Todos iguales! Así debiera ser; pero los hombres no lo son, y yo no voy á enmendar ni á Dios ni á la Naturaleza la plana. ¡Todos iguales! Entonces no habría sufrimiento, ni habría lágrimas. ¡No valdría la pena de vivir!

ISIDRO (*llevando á Manuel aparte*).—No te apures: con el tiempo, la herencia será para nosotros.

MANUEL (*idem á Isidro*).—¿Tú crees que el tío acabará por reñir con Leandro?

ISIDRO.—¡Ya lo creo! Hasta aquí ha sido bueno nuestro hermano, porque no recibió sino daño de toos. Pero yo conozco bien á los hombres. Ahora va á recibir beneficios: agora será cuando sienta la ingratitud. La merced encanalla.

La Sin Remedio

Interlocutores: Tío CHONO, SEÑA ANGELA, su oislo, MARI CINTA, DON LUIS, un CHAUFFEUR.

Casa de labor, junto al camino real. Fachada mezquina, con puerta hendida por la vetustez, y ventano angosto. Dos escaños: en uno, Tío CHONO, vestido de calzón estrecho de paño y media negra, chaqueta con botones de metal plateado y sombrero de barboquejo. A su lado, enfrascada en su labor de punto de aguja, SEÑA ANGELA, con redondo aparejo, justillo prieto, cabello arrollado á la sien y arracadas de vidrio. En el escaño del otro lado de la puerta, MARI CINTA, con falda y pañuelo de percal y delantal de lienzo burdo, con el cual se cubre la cara mientras llora amarga y ruidosamente.

SEÑA ANGELA.—Calla ya, condenada. ¡Mala landre te pudra! (*Vuelve á hacer media con agitada y nerviosa rapidez.*)

Tío CHONO.—Déjala que ¡reviente esa perra. Por mi vejez, que matarla he.

MARI CINTA (*gimoteando*).—¡Mátenme ustedes, á ver si dejo de sufrir tanta pena y congoja!

SEÑA ANGELA.—Noramala vayas, que siempre descastada fuiste.

Tío CHONO.—¡Después de recogerte! Porque te hemos recogido, ¡puño!

MARI CINTA.—¿Dijeres yo que me recogieran? Abandonada nací, abandonada me hallo. En cambio, han tenido ustedes en mí una esclava y me han reventado á trabajar y no han tenido para mí sino golpes y malas razones.

SEÑA ANGELA.—No te faltó aquí pan.

MARI CINTA.—De maíz.

SEÑA ANGELA.—Ni donde dormir.

MARI CINTA.—¡En el establo!

TÍO CHONO (*levantándose del escaño y dirigiéndose á Mari Cinta*).—¡Puño! ¡Te he de matar!

SEÑÁ ANGELA (*acoriendo á la rapaza*).—Vuelve en tu seso, que más vale un hombre que una perdida.

MARI CINTA.—Ni soy perdida ni quiero que se me maltrate. Años tengo, y un lindo día echaré á andar por la carretera, hala que hala, á la buena de Dios, como Encarna.

TÍO CHONO.—¡La lengua se te seque si vuelves á hablar de esa mala hija! ¡Desgraciado fué el día maldito en que la engendré!

SEÑÁ ANGELA (*volviendo al escaño cecijunta*).—Encarna es Encarna y tú eres tú. No mientes su nombre.

TÍO CHONO.—No quiero saber nada de ella. Ya lo entiendes, mala mujer.

MARI CINTA (*indignada*).—¿Por qué soy una mala mujer?

TÍO CHONO.—Tu novio lo ha dicho y él lo sabrá.

MARI CINTA.—¿Mi novio?

SEÑÁ ANGELA.—El Negro.

MARI CINTA.—El Negro me calumnia, como hijo que es de mala madre.

SEÑÁ ANGELA.—Y también lo dice todo el lugar, y hasta los rapaces te siguen y te tiran gujarros y te llaman *La Sin Remedio*.

MARI CINTA.—¿Por qué mi madre no me mató en vez de abandonarme junto al regazo? (*Llorando*.) Pero ¿qué mundo es este y qué personas son todos ustedes, que basta que un mal hombre invente una mentira para que todos me martiricen?

TÍO CHONO.—Cuando el río suena...

MARI CINTA.—¡Pues miente el Negro y ustedes y el río! ¡Y pensar, ¡mi alma! que tengo que

pasar aquí esta insufrible vida, peor que la del lobo, más triste mil veces que la de los bueyes de labor!

TÍO CHONO.—El día en que te canses lo dices, ¡puño! y te mandaré hasta la cárcel de partido, con la guardia civil.

MARI CINTA.—¡Yo á la cárcel! ¿por qué?

TÍO CHONO.—Por ladrona ó calumniadora ó... ya inventaremos por qué.

MARI CINTA (*sollozando*).—¡Mal hombre! ¡Es usted un mal hombre, tío Chono!

TÍO CHONO.—¿Mal hombre? Agora verás. (*Se dirige á coger un tronco que estará apoyado en la puerta. Suena en este momento lejana la bocina de un automóvil y el viejo se detiene.*)

SEÑÁ ANGELA.—Calla, que viene un coche de los nuevos. Puede que los viajeros pidan algo. Mari, ve por agua á la fuente.

(*Mari Cinta se limpia los ojos con el delantal, coge un cántaro que habrá debajo del ventanuco, le coloca sobre su robusta cadera y se aleja dando vuelta á la casa.*)

TÍO CHONO.—Estos ricachos siempre paran y dejan algo. (*A Señá Angela.*) ¿Hay pan y vino en la alacena?

SEÑÁ ANGELA.—Sí; y también salazón; y buenos pollos en la corralada.

TÍO CHONO.—Ya están ahí los viajeros. (*Llega el automóvil, raudo, atronador, envuelto en remolinos de polvareda y dejando tras sí un insoportable hedor á petróleo. Frente al casuco se detiene y comienza á lanzar de su vientre oblongo un estridente tableteo. Un hombre enmascarado, con grandes anteojos, se lanza á tierra de un salto, empuña una manivela y hace cesar el ruido. En seguida desciende del vehículo otro, cubierto por*

un amplio y cerrado guardapolvo y una gorra aplastada de visera.)

LUIS (*al chauffeur*).—¿Nous avons de la gazoline encore?

CHAUFFEUR.—Il y en a pour faire trente ou quarante milles.

LUIS.—Cela va bien. Roule quelques mètres et atteds mol pas trop loin.

(Vuelve á producir el carruaje su fragor estridente.

Parte de pronto y se aleja hasta dar vuelta á un recodo próximo del camino.)

TÍO CHONO (*aproximándose al viajero sombrero en mano y con toda la humildad que permite su rústica rudeza*).—¿Necesita algo el caballero de lo que hay en mi humilde choza? Tenemos aves, pan caliente, vino generoso...

LUIS.—Por ahora sólo quiero un vaso de agua limpia y hablar con usted cuatro palabras.

TÍO CHONO.—Angela, saca una mesa y una silla para el señor.

(Obedece Angela; suelta sobre el escaño media y agujas; entra en la casa y sale con una silla de anea y luego con una mesilla rústica, sobre la cual coloca vaso y plato.)

LUIS.—Ante todo, ¿usted se llama Demetrio Saúco?

TÍO CHONO.—Ese es mi nombre, por más que aquí todo el mundo me conoce por *Chono*.

LUIS.—En tal caso, traigo un recado para usted.

TÍO CHONO.—¿De quién, señor?

LUIS.—¿De veras no lo presume usted? De su hija, de Encarna.

SEÑÁ ANGELA.—¿De mi hija?

TÍO CHONO.—Usted ha de perdonarme, señor...

¿Cuál es su gracia?

LUIS.—Puede usted llamarme don Luis.

TÍO CHONO.—Pues bien, don Luis; de mi hija no sabemos hace ya mucho tiempo, y... no haciéndole agravio, tampoco queremos saber.

SEÑÁ ANGELA.—Nos ha abandonado, señor.

TÍO CHONO.—Marchó con un gañán forastero. Escribió diciendo que moriase de hambre. Nada, señor, podemos hacer. Pobres somos y ella hija renegada. Podre la consuma y muerte la lleve.

(Entra Mari Cinta con el cántaro á la cadera, llena una jarra y la entrega á la señá Angela.)

LUIS.—¡Hermosa muchacha! ¿Es acaso también hija de ustedes?

TÍO CHONO.—No; esa es... *(con desprecio y bajo)* *La Sin Remedio*. Está aquí recogida y no tiene á nadie en el mundo.

LUIS (*poniéndose en pie*).—Siendo como usted dice, no me atrevo á darle el encargo.

SEÑÁ ANGELA.—¿Trae usted algún encargo?

LUIS.—Traía... dinero.

(Movimiento de codicia en los campesinos.)

TÍO CHONO.—¿Dinero, Encarna? Siéntese, señor.

LUIS (*sentándose*).—Encarna, que ahora es toda una señorita y viste muy bien y tiene criados...

SEÑÁ ANGELA.—¿De veras?

TÍO CHONO.—Yo siempre dije que la chica valía. Nada tiene que ver una cosa con otra.

LUIS.—Aunque no ha recibido noticias de ustedes, se ha acordado de sus necesidades y me ha dado para que se las entregue aquí mismo...

TÍO CHONO (*con codicia*).—¿Cuánto?

LUIS (*echando un billete sobre la mesa*).—Mil pesetas.

SEÑÁ ANGELA.—¿De veras es eso que dice? ¿No nos engaña, señor?

LUIS.—Eugañar... ¿Para qué? Eso, por ahora.

No creo que Encarna se olvide de ustedes en lo sucesivo.

TÍO CHONO (á señá Angela).—Mete, mete ese papel en el seno. (Viendo á Mari Cinta de pie junto á la puerta.) ¿Qué haces ahí? Vete, vete á la corralada, que luego nos entenderemos.

LUIS.—Deje usted á esa pobre muchacha. No estorba.

TÍO CHONO.—Es una escandalosa, que ha dado en el pueblo que hablar.

LUIS.—Si es sin motivo...

SEÑÁ ANGELA.—Y aunque lo sea. Aquí no queremos habladurías. Somos gentes de bien, señor.

LUIS.—Volviendo á Encarna...

SEÑÁ ANGELA.—¿Dice usted que se acuerda de nosotros? Al fin, buena hija.

TÍO CHONO.—Y con gran corazón.

SEÑÁ ANGELA.—Aquí todos la quieren, porque era muy compuesta, ¡vaya! Y pues ¿y lista? ¡Como ella sola!

LUIS.—Siempre está diciendo que no estará contenta hasta que no les quite de trabajar.

SEÑÁ ANGELA.—¡Bendita sea! Pero no querrá vernos. ¡Como es toda una señora!

LUIS.—Al contrario. Acabará por llamarles á ustedes.

TÍO CHONO.—¡Eso es una mujer! Cuando la vea usted, dela un abrazo de parte de su padre.

SEÑÁ ANGELA.—Y míos cien mil. Que se cuide mucho. ¡Hija de mi alma!

LUIS.—Y ahora me despido de ustedes. (Saca del bolsillo un silbato, hace una señal y al punto aparece el automóvil en el camino.)

SEÑÁ ANGELA.—¿Tan pronto? ¿No quiere el caballero tomar unos bizcochos y una copa de vino?

LUIS.—Imposible. Tengo que hacer en Salamanca.

(Sube al automóvil, que se habrá detenido frente á la puerta.)

LUIS (al chauffeur).—We shall sieep at Salamanca. Make haste.

CHAUFFEUR.—I know the road perfectly well, Sire.

TÍO CHONO.—Adiós, señor; feliz viaje. ¡Que Dios le bendiga!

SEÑÁ ANGELA.—¡Que no nos olvide mi señora hija!

LUIS (con ironía).—¡Adiós, buenas gentes!

(Suena la bocina y parte el automóvil. Los aldeanos quedan en pie en la carretera, agitando al aire su sombrero el tío Chono y su pañuelo la señá Angela.)

(Al dar vuelta al recodo, el chauffeur divisa á una mujer en medio del camino y hace señas para que se aparte. La mujer permanece inmóvil, y como el camino es estrecho, se detiene el vehículo.)

CHAUFFEUR.—¡Eh, eh! ¡Prenez garde!

LUIS.—¡Calle! Es la muchacha de la granja. ¡La Sin Remedio!

MARI CINTA (acercándose).—¡Señor: por lo que más quiera en su vida, por su madre, por la Virgen de los Desamparados, lléveme usted!

LUIS (sorprendido).—¡Que te lleve conmigo!... ¿Adónde?

MARI CINTA.—A cualquier parte, adonde no me muera de vergüenza y asco... ¡A otro pueblo... á arrojarme en mitad del arroyo!

LUIS.—Chica, chica... eso es muy delicado. ¿Y si me procesan?

MARI CINTA.—Soy sola en el mundo, señor.

¡Por caridad! ¡Lléveme usted consigo ó me echo debajo de las ruedas para morirme de una vez!

LUIS.—Después de todo es una idea... Y la chica es hermosa como una mañana de Mayo...

MARI CINTA.—¡Señor, tenga piedad de mí! Si me deja, me tiro al río.

LUIS.—¿Pero adónde quieres tú que te lleve?

MARI CINTA.—A cualquier parte: ya lo he dicho, señor. Adonde no me escupan, ni me maldigan, ni me persigan los rapaces, porque soy pobre y soy honrada.

LUIS.—Pues señor, ¡vaya una aventura! Vaya, sube y que sea lo que quiera la suerte.

(Mari Cinta sube al carruaje y en su rostro se refleja una alegría intensa, como si de las sombras surgiera de repente á la luz.)

MARI CINTA.—¡Que Dios se lo pague, señor!

LUIS.—El quiera que salgamos de esta con bien. En fin, sacaremos á la chica de esta cloaca. Peor que aquí... *(De pronto el chauffeur, como si estuviera en el pescante de su mail-coach.) ¡Arrea!*

MARI CINTA.—¡Oh, bendita esperanza!

FIN

INDICE ALFABÉTICO

	Págs.		Págs.
Abuelo.	14	Clarín.	223
Acuña (Obispo).	230	Clérigo pobre.	91
África.	148	Coloma (Padre).	191
África (Guerra de).	25	Cometa.	130
Alas.	211	Consumos.	128
Alfonso XII.	21	Corona de la Virgen.	154
Almas asalariadas.	185	Cosas de antaño.	42
Almas tardías.	235	Cosas de chicos.	13
Ángel de la Guarda.	209	Crimen de Juan Ropero.	114
Año 74.	45	Criminales natos.	206
Apóstol (El).	92	Cuasi contrato.	99
Aravaca.	38	Cursis.	29
Aragón.	141	Chapí.	46
Aretino.	14	Charcot.	148
Aristócratas.	109	Chiflados.	17, 123
Arrieta.	30	Chiquilladas.	207
Arroyo (El).	137	D'Annunzio.	14
Automóviles.	75, 123	Daudet.	91
Avaros.	218	Derecho proporción.	102
Aviación.	211	Desocupados.	96
Badalona.	32	Diamantes falsos.	218
Barbieri.	30	Diderot.	87
Benavente.	105	Dios grande.	18
Bilbao.	151	Distraídos.	123
Blasco Ibáñez.	218	Egoístas.	241
Boxeo.	78, 125	Eiffel.	98
Briand.	195	Elogio del distraído.	123
Bufos (Los).	46	Enseñanza y laicismo.	192
Camús.	45, 48	Enseñanzas y tristezas.	168
Canje perpetuo.	182	Epatando al burgués.	157
Carlyle.	221	Erasmó.	123
Catalanismo.	172	Escenas rústicas.	235
Caza.	175	Escudo (El).	214
Civismo.	76	Escuelas laicas.	195
Clase media.	17	Esopo.	176